

ARREOLA ANTE EL RECUERDO DE JUAN RULFO

SERGIO LÓPEZ MENA

Universidad Nacional Autónoma de México
sergio_lopez_mena@yahoo.com.mx

Resumen

Juan José Arreola recordó su relación con Juan Rulfo poco después del fallecimiento de éste, con palabras que resultaron polémicas, si bien en algunos aspectos aportaron información útil para conocer mejor la obra de Rulfo. Aclaró que fueron grandes amigos y pretendió dar luz sobre el origen de *Pedro Páramo*. Se atribuyó el haber convencido a Rulfo de publicar su novela sin sucesión cronológica y el haber participado con el autor en el acomodo de las páginas de *Pedro Páramo*. Las afirmaciones de Arreola, quien junto con Rulfo constituye una de las cumbres de la literatura mexicana, despiertan dudas acerca de la verdad histórica, pues seguramente Rulfo conocía la forma seguida por la novela contemporánea. Sin embargo, esas afirmaciones conformaron su verdad.

Palabras clave: Arreola, Rulfo, literatura mexicana

Abstract

Shortly after Juan Rulfo's death, Juan José Arreola remembered his relationship with Rulfo, with words that proved to be polemical, although in some aspects they provided useful information for better understanding Rulfo's work. He clarified that they were great friends and tried to shed light

on the origin of *Pedro Páramo*. He attributed to himself having convinced Rulfo to publish his novel without a chronological order and to having participated with the author in the arrangement of the pages of *Pedro Páramo*. Arreola, who with Rulfo constitutes the height of Mexican literature, made statements that awaken certain doubts about the historical truth, for surely Rulfo knew the form followed by contemporary novels. Nevertheless, these affirmations formed *his* truth.

Key words: Arreola, Rulfo, Mexican literature

Apenas dos semanas después del fallecimiento de Rulfo, Juan José Arreola recordó su trato con Juan Rulfo, en páginas que resultaron polémicas.¹ Digo trato, porque la relación entre ellos tuvo momentos de cercanía y prolongados silencios. Mucho tiempo fueron grandes amigos, pero la vida se encargó de separarlos.

Al hablar de ambos autores, se impone la discusión sobre la génesis de sus obras, su naturaleza y su dimensión. Arreola tiene la certeza de la amplitud que pide el pensamiento; Rulfo, la comprensión de la pobreza cósmica del hombre, que está solo en el universo.

Tres son los grandes autores de mediados del siglo XX mexicano: José Revueltas, Juan José Arreola y Juan Rulfo. A ellos se debe, sin que intente dejar de lado otros nombres significativos, como Agustín Yáñez y Carlos Fuentes, la renovación de nuestras letras. La sinceridad literaria los une: los tres hablan de lo que saben, y esto es tan diferente en cada uno, o mejor dicho, es uno y lo mismo, pero de muy diversa manera. Para Revueltas, la crueldad es sino para el hombre y en el hombre. Para Arreola, es necesario desentrañar la vida para encontrarle significado. Rulfo parece decirnos que hemos sido despojados de nuestro padre, o que éste nos dejó en el abandono. Hay una comunión entre Revueltas, Arreola y Rulfo: el sentimiento trágico.

Volvamos a la ocasión que mencioné inicialmente, aquella en que Arreola recuerda su relación con Rulfo, en plática tenida con Vicente Leñero, Federico Campbell, Juan Miranda y Armando Ponce. El texto de la ocasión antedicha posee importancia por varios motivos. Presento cinco de éstos, y luego diré si en cada caso lo dicho por Arreola me resulta útil, como lector especializado en la obra de Rulfo.

Primero. Es la relación de quien se consideró a sí mismo como un amigo muy cercano de Rulfo en etapas significativas de la vida de ambos.

Segundo. Se trata de los comentarios de un autor que, al lado del escritor recordado por él, formaba, como dijo Arturo Souto en la revista *Ideas de México*, el par de los mejores cuentistas al iniciar la segunda parte del siglo XX.

Tercero. Está en él la remembranza de datos poco conocidos sobre las lecturas de Rulfo, lo que desbarata la visión de un Rulfo provinciano y opuesto a la “vocación cosmopolita” de Arreola.

Cuarto. Constituye un intento de Arreola por aminorar los sentimientos contrarios a él, surgidos por diversas razones.

Quinto. Contiene información acerca del surgimiento de *Pedro Páramo*.

Decantemos:

Al primer punto: La relación de amistad que hubo entre estos dos jaliscienses es la típica de los hombres de esa tierra caída al occidente, poblada en los siglos VI a XVI por toltecas, nahoas, tecos, tecuejes, cocas, purépechas, huicholes, coras, chichimecas, guachichiles, copuces, y sobre ellos y con ellos, o contra ellos, en los siglos XVI a XVIII, sevillanos, castellanos, ocultos bereberes, escondidos judaizantes, esclavizados y mudos habitantes traídos de Guinea ecuatorial, unos de nuestros ancianos padres, los negros de la esclavitud, que mezcábanse sobre todo con los indígenas (al fin, los dos estaban en el extremo inferior de la escala social): relación profunda a veces, y amistad irreconstruible cuando han llegado al alma los rencores y los desencantos, que en su caso son absolutos.

Aparte, tomemos en cuenta que se trataba de dos formas de ser, de dos caracteres opuestos. Arreola afirmó en esa conversación, refiriéndose a Rulfo: “Era un hombre parco, y lo fue mucho, y de pronto Juan se abría, y cuando se abría Juan, era increíble”. Rulfo podría, a su vez, haber dicho: “Arreola era un hombre locuaz, y lo fue mucho, y de pronto miraba silenciosamente hacia adentro, y cuando esto hacía, pescaba lo increíble”.

Arreola tocó el punto de la enemistad entre ambos, diciendo que hubo personas interesadas en inventarla –podríamos agregar: y en fomentarla– pero que la amistad estuvo vigente, como lo demostraba el hecho de que en el Centro Pompidou de París Rulfo declarara en los últimos años de su vida que Arreola le había enseñado allá en sus años tapatíos a leer la literatura, una frase que Arreola esperaba y que redimió su espíritu: “algo que a mí me emocionó profundamente... –dijo Arreola–. Entonces no dio resultado la batalla, porque yo no podía sentir un átomo de envidia, como no lo siento ahora, por la obra de Juan Rulfo”.

No es fácil entender la amistad –quizás sería mejor hablar de trato– que hubo entre ellos. Ricardo Garibay recordó cómo Arreola “apañaba”, es decir, protegía, a Rulfo en las sesiones del Centro Mexicano de Escritores, “y Rulfo ni las gracias le daba”. Es decir, seguía totalmente silencioso.

La amistad nace del deseo, madura y poliniza si es cultivada. Para que exista, necesita de dos personas. Arreola confesó que ésta había existido entre ambos. Rulfo no comprometió en público ninguna palabra al respecto. Lo suyo era el silencio.

Al segundo punto: Tanto Arreola como Rulfo fueron punto de llegada de un camino que habían emprendido los escritores mexicanos en el siglo XIX, con Lizardi a la cabeza, el camino de la sinceridad literaria: el del habla verdadera. Ambos trabajaron la técnica profesionalmente, lo que constituyó una gran lección para sus contemporáneos.

Si atendemos a la cronología, reconoceremos que Arreola publicó con anterioridad a Rulfo (*Letras de México* y *Eos*), como lo señala en la entrevista que comento. Arreola insiste en la primacía que tuvo *Varia invención*, publicado apenas a su regreso de París. Parece difícil hablar de primacías en momentos en que tanto Revueltas, como Yáñez, Arreola y

Rulfo estaban a la búsqueda de mecanismos narrativos. En 1940, Rulfo había pergeñado una novela que luego destruyó, *El hijo del desaliento*. La lectura de un capítulo que conservó de esa obra muestra a un autor muy diferente de los de su época, por la viveza y exactitud del diálogo, por el inicio del cuento *in media res*, por la técnica de circularidad, según vemos en el último párrafo.

Rulfo y Arreola consiguieron ser los más importantes narradores mexicanos de entre las décadas 1940-1950. La labor de ambos no se ciñó sólo a la escritura de su obra literaria. Arreola fue promotor cultural, maestro, editor. Rulfo fue guionista de cine, fotógrafo, editor de volúmenes sobre el indigenismo. Fijándome exclusivamente en sus libros de cuentos y en sus novelas (*Varia invención*, *Confabulario*, *El Llano en llamas*, *Pedro Páramo* y *La feria*), creo que Rulfo supera a Arreola, pero que el lugar de éste no es despreciable, si, como dijo Rulfo, “Arreola le enseñó a leer la literatura”. En última instancia, recupero y hago mío el juicio de Arturo Souto en la ya citada revista *Ideas de México*: en ese momento, estos dos jaliscienses eran los que más hacían hablar a los lectores.

Al tercer punto: En la entrevista publicada en *Proceso*, Arreola habló de los autores europeos que Rulfo –y con él el propio Arreola y Antonio Alatorre– buscaba leer en Guadalajara. Ya Alatorre había escrito en alguna ocasión acerca de que Rulfo era un gran lector de novelas europeas y norteamericanas, de manera que lo dicho por Arreola vino a confirmar que este hombre de Apulco-Sayula-San Gabriel había leído lo mejor de la narrativa universal contemporánea, lo que no sería remoto que diera en él unos principios, una orientación acerca de cómo escribir siendo actuales. Arreola habla de Jean Giono (“Jean Giono –dice– fue el hombre que más le importó a Juan antes de leer a William Faulkner”), de Marcel Aymé, de Marcel Schwob, pero también menciona a un autor de Zapotlán, Guillermo Jiménez, y sobre todo a Efrén Hernández, de quien dice que fue el gran padre literario de Rulfo.

Rulfo nos es mostrado por Arreola como un gran lector:

Juan fue un prodigioso lector, y aquí me tengo que acordar de que en los años de Guadalajara, Juan venía a México metódicamente y llegaba a Guadalajara con un veliz lleno de libros. El problema, entre todo el grupo de amigos, era quién iba a abrir primero el veliz. Llegaba yo: Oye, ya descremaron el veliz, Juan.²

Por otra parte, esta cita nos confirma que las lecturas nuevas, que enriquecerían los caminos de la creación de Arreola y de Rulfo, eran comunes. Arreola también era un gran lector, y lo era Arturo Rivas Sainz, su impulsor tapatío.

En palabras de Arreola, que parecían sonar por primera vez, “Juan Rulfo hereda y consume los procedimientos mejores de los hombres que hablan de la tierra de México...”, “procedimientos de España, de Norteamérica, de Francia”. En efecto, la técnica estaba aprendida en la

lectura de esos autores, nada localistas, aunque el contexto histórico y social era jaliscienses.

Al cuarto punto: En mi lectura de la entrevista que vengo citando, Arreola aparece como alguien que intenta precisar posiciones del alma, hacer cuentas de los hilos del sentimiento, a favor de su amistad hacia Rulfo y en confirmación del reconocimiento que le merecía la obra del autor de *Pedro Páramo*. Percibo allí un deseo de acallar situaciones incómodas o desagradables, que habían nacido al calor de algún comentario o de alguna expresión inexacta, subjetiva o sujeta a interpretaciones. Al parecer, ciertos comentarios que Arreola había hecho en algún momento acerca de la génesis de la narrativa rulfiana eran injustos y faltos a la verdad, o bien algún rasgo de sus actitudes personales en el trato hacia Rulfo resultó lamentable. Sea como sea, creo que en su intento por arreglar las cosas, hasta donde era posible hablar de arreglo, Arreola no tuvo éxito, sino todo lo contrario.

Al quinto punto, que se relaciona en parte con el anterior, debo decir que resulta interesante leer lo afirmado por Arreola respecto de que ya hacia 1945 Rulfo tenía páginas de *Pedro Páramo*. Pero encuentro difícil aceptar su afirmación de que gracias a él Rulfo se decidió por la forma fragmentaria que tiene esa novela. Porque, ¿cómo explicarse esas dudas en Rulfo, que era gran lector de narrativa? Además, los manuscritos conservados en el Centro Mexicano de Escritores y en el Fondo de Cultura Económica dan cuenta de una escritura de los fragmentos seguidos uno después de otro. Ciertamente estamos ante una afirmación que provoca dudas, pero que Arreola hizo con firmeza. Dijo:

Pero lo más importante en mi vida con respecto a Juan fue hacerle decidir que publicara *Pedro Páramo* en su aspecto fragmentario, que ya no intentara hacer una unidad y una sucesión cronológica aristotélica. Eso es lo que yo me atribuyo: es lo que me corresponde, porque un sábado en la tarde lo hice decidir a Juan, y el domingo se terminó el asunto de acomodar las secciones de *Pedro Páramo*, y el lunes se fue a la imprenta en el Fondo de Cultura Económica. Los dos solos, en la calle de Nazas, a cuadra y media del Fondo. De sábado a lunes salió *Pedro Páramo* por fin, porque de otra manera no iba a salir nunca. Lo que yo me atribuyo, y es la historia verdadera, es que logré hacerle decidir a Juan que *Pedro Páramo* se publicara como era, fragmentariamente. Y sobre una mesa enorme los dos nos pusimos a acomodar los montones de cuartillas.

Dios existe. Yo creo en Dios. Esa tarde existió. Y no tiene más mérito que el haberle dicho a un amigo: Mira, ya no aplaces. Es *Pedro Páramo* así.³

He tocado cinco puntos de la relación entre Arreola y Rulfo, de lo que Rulfo fue en su recuerdo. De cinco, tres son incuestionables en lo que Arreola afirmó; dos, motivos de discusión, pero conformadores de su verdad.

NOTAS

- 1 “Cuarenta años de amistad...”, pp. 45-51.
- 2 *Idem*, p. 47.
- 3 *Idem*, p. 51.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

“Cuarenta años de amistad. ¿Te acuerdas de Rulfo, Juan José Arreola?”, en *Proceso*, n°. 482, 27 de enero de 1986, pp. 45-51.